

Sobre travestis, clientes y *maridos*:
género y sexualidad en la construcción de las
identidades de travestis brasileñas trabajadoras del sexo

Some thoughts on *travestis*, clients and *husbands*:
gender and sexuality in the construction
of the identities of Brazilian *travesti* sex workers

Julietta VARTABEDIAN CABRAL
Newcastle University
jlvartabedian@gmail.com

Recibido: 21 de marzo 2013

Aceptado: 18 de abril 2014

Resumen

Este artículo examina el modo en que las travestis brasileñas trabajadoras del sexo interactúan social y sexualmente con sus clientes y *maridos* para construir sus identidades como travestis. Las travestis, que no son transformistas ni transexuales, constituyen un tipo de identidad de género que no sólo pone de relieve cómo *se hace* el género, sino que al mismo tiempo descentran la manera en que los cuerpos se convierten en legibles. Las travestis encarnan un tipo ideal y ficcional de mujer y, simultáneamente, hacen uso de una genitalidad considerada típicamente masculina. Partiendo de una de las formas en que se organiza la sexualidad en Brasil —modelo “activo/pasivo”—, se observa que se establece una relación jerárquica entre, por un lado, quienes son considerados “hombres de verdad” y, por el otro, quienes son feminizados, desvalorizados y estigmatizados por ser sometidos sexualmente. Paradójicamente, las travestis transitan con fluidez entre ambos márgenes de la sexualidad y del género. El artículo destaca que importa distinguir la manera en que se actúa y se interpretan los roles de género para poder comprender las prácticas sexuales de las travestis y dar sentido a cómo construyen su propia manera de entender la feminidad.

Palabras clave: género; sexualidad; travestis; trabajo sexual; clientes; *maridos*; modelo “activo/pasivo”; masculino/femenino; Río de Janeiro; Barcelona.

Abstract

This article examines the way Brazilian *travesti* sex workers interact socially and sexually with their clients and *husbands* in order to build their identities as *travestis*. *Travestis*, who are not cross-dressers nor transsexuals, constitute a kind of gender identity that not only emphasizes how gender *is done*, but at the same time decentralizes how bodies become “legible”. *Travestis* embody an ideal and fictional type of woman and, simultaneously, make use of a considered typically male sexuality. On the basis of one of the ways in which sexuality is organized in Brazil —“active/passive” model—, a hierarchical relationship is established between, on the one hand, those who are considered to be “real men” and, on the other hand,

those who are feminized, devalued and stigmatized for being dominated sexually. Paradoxically, *travestis* pass fluently between both margins of sexuality and gender. This article highlights that it is important to distinguish how gender roles are acted and interpreted in order to understand the sexual practices of *travestis* and to make sense of how they construct their own way of understanding femininity.

Keywords: gender; sexuality; *travestis*; sex work; clients; *husbands*; “active/passive” model; masculine/feminine; Rio de Janeiro; Barcelona.

Referencia normalizada: Vartabedian Cabral, J. (2014) Sobre travestis, clientes y *maridos*: género y sexualidad en la construcción de las identidades de travestis brasileñas trabajadoras del sexo, en *Revista de Antropología Social*, 23: 237-261.

SUMARIO: 1. Introducción. 2. Identidades travestis. 3. Acerca del modelo “activo/pasivo” de sexualidad. 4. ¿Son las travestis homosexuales? 5. *Comer/ser comidas*: sobre clientes y *maridos*. 5.1. Clientes. 5.2. *Maridos*. 6. El significado del trabajo sexual. 7. Palabras finales. 8. Referencias bibliográficas.

1. Introducción

En el presente artículo analizaré las prácticas sexuales de las travestis brasileñas siguiendo como eje analítico la intersección entre género y sexualidad. Específicamente, describiré cómo sus prácticas sexuales intervienen en los procesos de construcción de las identidades travestis. Ellas no sólo modifican sus cuerpos para feminizarlos y asemejarse así a las mujeres, sino que al mismo tiempo interactúan sexualmente con sus clientes, amantes y *maridos*¹ para dar sentido al género travesti.

En mi tesis doctoral examiné los tránsitos corporales y geográfico-espaciales de travestis brasileñas que migran a Río de Janeiro y a Barcelona en tanto dos escalas, entre otras, en las que aprenden a transformarse en travestis y a empoderarse². Los jóvenes gays y futuras travestis suelen abandonar sus pueblos o pequeñas ciudades de origen para comenzar a vivir sus identidades de género de manera plena. Río de Janeiro es una gran escuela para transformarse definitivamente en travestis. Ingresan en un sistema jerárquico de relaciones sociales, aprenden a modificar sus cuerpos y performar una determinada manera de entender la feminidad, se entrenan como profesionales del sexo y se preparan para dar el siguiente paso: Europa.

¹ Categoría *emic* que permite nombrar a los compañeros de las travestis, independientemente del tiempo de duración de la relación o de la existencia de algún vínculo formal (véase a Teixeira, 2011). Más adelante me detendré en esta categoría.

² El trabajo de campo duró aproximadamente un año y fue dividido en dos partes. En la primera, permanecí seis meses consecutivos en Río de Janeiro durante el año 2008 y gracias a la invitación del *Programa en Género, Sexualidad y Salud*, Instituto de Medicina Social, Universidade do Estado do Rio de Janeiro. La segunda parte se llevó a cabo de forma discontinua en la ciudad de Barcelona y se extendió entre el año 2009 y el 2011. En ambas ciudades realicé observación participante y entrevistas en profundidad semi-dirigidas a travestis brasileñas, cirujanos/as plásticos/as y agentes de ONG's vinculadas con travestis trabajadoras del sexo.

Este continente es importante para entender las historias, pasadas y presentes, de sus migraciones transnacionales. En tanto “europeas”³ y “exitosas”⁴ muchas pueden conseguir un estatus material, social y simbólico que las distingue del resto de sus compañeras. Estos tránsitos geográficos/espaciales son, asimismo, acompañados por transformaciones corporales concretas. Desde sus primeros “montajes” —cuando utilizan ropas femeninas sólo en ocasiones puntuales— y tomas de hormonas, pasando por los sucesivos “bombeos”⁵ de silicona líquida industrial, hasta llegar a las tan codiciadas cirugías estéticas, ellas transitan sus propios itinerarios identitarios. En definitiva, cuando las travestis migran no sólo transitan por distintos territorios, sino que al mismo tiempo están construyendo su propia identidad como travestis.

En este artículo me centraré en la influencia de la sexualidad, y específicamente del trabajo sexual, en los procesos de construcción de las travestilidades. Incorporo el término *travestilidad* utilizado en los últimos años en Brasil (Peres, 2005; Vale, 2005; Patrício, 2008; Duque, 2009; Pelúcio, 2009; entre otros/as) para hacer referencia a la heterogeneidad de las identidades de las travestis. Aunque Río de Janeiro y Barcelona fueron dos ciudades centrales para desarrollar mi investigación, me detendré casi exclusivamente en las experiencias sexuales y sociales de las travestis con sus clientes, amantes y *maridos* en Brasil, pues fue allí donde encontré el material etnográfico más significativo para analizar esta temática. Barcelona presentó muchas más dificultades no sólo para reflexionar sobre esta cuestión, sino para acceder a mis informantes (Vartabedian, 2012). En consecuencia, no pretendo establecer una comparación analítica entre ambos países pues es imposible tal tarea dada la desproporción del material etnográfico recogido. No obstante, las referencias secundarias que empleo sobre la relación de los clientes y *maridos* con las travestis en Europa procuran enriquecer la discusión sobre las prácticas sexuales y sociales de las travestis en Brasil. Finalmente, ni en Brasil ni en Europa entrevisté a clientes y *maridos* pues dedicarme a ellos hubiera requerido delinear una investigación diferente que se alejaba de los objetivos planteados para mi tesis. Este artículo es el reflejo, principalmente, de las interpretaciones y las prácticas que las travestis me relataron de sus encuentros personales y profesionales en el campo sexual. Sin embargo, soy consciente que el acceso directo a clientes y *maridos* habría profundizado la discusión teórica-etnográfica que sigue a continuación.

Parto del reconocimiento que tanto el género como la sexualidad no son experiencias universales, sino que obtienen forma y contenido a partir de diferentes

³ Término *emic* que se utiliza para referirse a las travestis brasileñas que han vivido o viven en Europa. Investigadoras como Patrício (2008) o Pelúcio (2008, 2009) han empleado también esta misma categoría *emic* en sus estudios.

⁴ Utilizo este término para nombrar a aquellas travestis que se diferencian de sus compañeras por ser consideradas “bellas” y contar con dinero para invertir en sus modificaciones y cuidados corporales. Al mismo tiempo, tienen un buen nivel de vida que se traduce en la exhibición de bienes materiales y simbólicos conseguidos, sobre todo, a través de sus estancias como trabajadoras del sexo en Europa.

⁵ Práctica popular entre las travestis que consiste en la inyección de la silicona a través de una jeringa en diferentes puntos del cuerpo a ser “rellenados” para obtener así curvas y formas femeninas. Véase a Benedetti (2005) y Pelúcio (2009).

contextos culturales e históricos (Foucault, 2006; Rubin, 1975, 1989; Butler, 2001; Weeks, 1993; entre otros/as). Asimismo, sus campos analíticos no pueden ser pensados como dos realidades independientes y totalmente separables. Por el contrario, resulta enriquecedor analizar la intersección entre el género y la sexualidad como componentes de una relación dinámica y recíproca con límites difusos que permiten problematizar estos encuentros y/o desencuentros analíticos (Butler, 1994, 2002; Benedetti, 2005; Valentine, 2007; Howe, Zaraysky, Lorentzen, 2008). Por lo tanto, en este artículo se discutirán las intersecciones, disputas y negociaciones que se establecen entre el género y la sexualidad a partir del análisis de la organización y la construcción de las sexualidades de travestis, clientes y *maridos*. También se cuestionará la pertinencia de llamar a las travestis homosexuales y se reflexionará acerca de la importancia del trabajo sexual como la principal fuente de ingresos de las travestis y, al mismo tiempo, como una actividad que incide en la construcción de sus procesos identitarios.

2. Identidades travestis

Existe un amplio desconocimiento y confusión en torno a las identidades travestis. Frecuentemente se piensa que son personas “travestidas” o “transformistas” que sólo desean utilizar ropas del sexo opuesto. También se utiliza comúnmente el término médico “transexual” para nombrar estas identidades, es decir, se cree que son personas que nacieron con el sexo *equivocado* y *deben* transformar su genitalidad para adaptarse al género anhelado. En realidad, las travestis están fuera de cualquier tipo de clasificación médica porque no son ni “travestidas” ni “transsexuales”, categorías incluidas tanto en el *Manual de Enfermedades Mentales de la American Psychiatric Association* (DSM-V) como en la *Clasificación Internacional de Enfermedades de la Organización Mundial de la Salud* (CIE 10).

Empleo la categoría *emic* travesti para referirme a un tipo de identidad de género que conjuga en un mismo cuerpo: belleza femenina y genitalidad masculina. Si bien en el origen del concepto travesti no se puede obviar la alusión a los transvestimientos, las travestis brasileñas van más allá del acto de transvestirse ocasionalmente. A diferencia de los transformistas, modifican sus cuerpos de forma permanente y viven *como* mujeres a tiempo completo. Asimismo, el mantenimiento de sus penes hace que las travestis se diferencien también de algunas transsexuales más ortodoxas para quienes las cirugías de reasignación sexual son un requisito *necesario* para vivir plenamente sus identidades de género. Sobre todo, en un contexto europeo, las personas con apariencia femenina que no consideran sus genitales masculinos como un impedimento para vivir sus identidades de género, suelen autodenominarse “trans”, “transgénero” o “transfeministas”. Rechazan con rotundidad cualquier tipo de identificación con la categoría patologizante “transexual” (véase a Missé y Coll-Planas, 2010). No obstante, este último término sigue siendo ampliamente empleado. Por ejemplo, las identidades travestis son incluidas generalmente bajo la categoría “transexual” en investigaciones realizadas en España (García y Oñate, 2010; Fernández Dávila y Morales, 2011), pues políticamente se percibe como más *correcto* nombrarse/las así. Actualmente en España, fruto de la poderosa institucionalización

médica en torno a la transexualidad, llamarse travesti es un acto que desprestigia por su estrecho vínculo, sobre todo a partir de las migraciones de travestis latinoamericanas, con la prostitución. Como se verá, Brasil posee mayor tradición académica con respecto a la visibilidad de las identidades travestis.

En definitiva, es importante destacar que las travestis buscan ser *como* mujeres y *parecer* a las mujeres. Ellas son concientes que nunca serán mujeres y tampoco lo pretenden ser. Debajo del maquillaje y de los “litros de silicona”⁶ que ostentan sus cuerpos, prevalece una masculinidad de la que, en general, no desean desprenderse. El género travesti se presenta como un acto performativo que sólo existe en ese *hacerse* continuo. Por un lado, imitan de manera idealizada la feminidad: se visten, maquillan y transforman su estética; pero por el otro lado, sus cuerpos y deseos sexuales descartan toda inteligibilidad desde el momento en que se reconoce que tienen la capacidad de brindar placer sexual a través de sus vigorosos penes. Lo femenino y lo masculino interactúan, negocian, juegan y se articulan en un mismo cuerpo. La particularidad travesti evidencia, pues, que no sólo ponen de relieve cómo *se hace* el género, sino que al mismo tiempo descentran la manera en que los cuerpos son legibles. Deliberadamente las travestis pueden actuar tanto *como* mujeres y *como* hombres, sin ser mujeres ni hombres.

3. Acerca del modelo “activo/pasivo” de sexualidad

En Brasil, como en otros países con herencia latina, la construcción de la feminidad y la masculinidad no se basan únicamente en el sexo biológico, sino también en las prácticas asociadas con la sexualidad. Es precisamente la organización y la distinción de los roles “pasivo” y “activo” en la interacción sexual que estructuran las nociones de masculinidad y feminidad, es decir, un hombre que mantiene relaciones sexuales con otro hombre no sacrifica su masculinidad siempre y cuando asuma el rol “activo” —como penetrador— en la relación. Por otro lado, quien asume una actitud “pasiva”, de “mujer”, ya sea en la interacción sexual como social, desvaloriza su propia masculinidad (Parker, 2002), porque en este sistema de clasificación el polo masculino es el valorado, mientras que el femenino es el devaluado y estigmatizado ya que quienes ocupan esta posición desestabilizan más profundamente la dinámica heteronormativa del género. Este modelo coexiste con un modelo más igualitario de relaciones homoeróticas en el que todos los hombres que mantienen relaciones con otros hombres son considerados homosexuales o gays (Carrara y Simões, 2007). Este modelo, muy extendido entre las clases sociales medias y altas del país, organiza las identidades sexuales según el eje heterosexual/homosexual. Aunque se considera que el modelo “activo/pasivo” fue hegemónico en Brasil hasta los años setenta, sigue en la actualidad estructurando las relaciones sexuales y sociales entre las clases sociales más bajas, de donde proviene la gran mayoría de las travestis (García, 2009).

Si bien este modelo “activo/pasivo” es útil para examinar cómo las prácticas sexuales de travestis, clientes y *maridos* influyen en la manera de entender la

⁶ La silicona se mide, entre las travestis, en litros.

construcción de la masculinidad y la feminidad en estas interacciones, no siempre estas distinciones pueden ser (re)presentadas de manera tan lineal y dicotómica. Como apuntan algunas investigaciones recientes sobre relaciones homosexuales entre mujeres (Facchini, 2008) y entre hombres (França, 2010), quienes están involucrados/as en estos tipos de relaciones perciben sus prácticas sexuales de una forma más flexible, viendo como limitado la suposición de roles “*completamente* activos” o “*completamente* pasivos”. No consideran, pues, que por ser hombres o mujeres homosexuales tengan que comportarse social y sexualmente de manera femenina y masculina, respectivamente. El modelo “activo/pasivo” o las consideraciones sobre la masculinidad o feminidad de una persona corresponden más a prescripciones acerca de los comportamientos sexuales que *deben* ser cumplidos en determinados contextos, por ejemplo, cuando ciertos hombres precisan volverse sujetos inteligibles para relacionarse sexual y afectivamente con otros hombres (França, 2010: 218). No obstante, en otros contextos, esas mismas personas pueden desdibujar dichas prescripciones sexuales y genéricas para transitar de manera continua a lo largo de esta polaridad. En definitiva, si bien considero las limitaciones que este modelo de sexualidad presenta, también conviene destacar que este modelo de relación masculino se presenta como el principal sistema clasificatorio de la homosexualidad en Brasil, sobre todo entre las camadas populares (Fry, 1982a).

La oposición “activo/pasivo”, del cual se derivan otras oposiciones como “macho/marica”, “fuerte/débil” o “viril/afeminado”, no corresponden a características físicas en sí, sino que otorgan significado a las distintas formas en que el cuerpo es empleado en los encuentros homoeróticos. Al mismo tiempo, este modelo refuerza la construcción de dos categorías: *homens* —hombres— y *bichas* —maricas—. Los hombres, “activos”, no son gays. Por el contrario, las *bichas* en tanto “pasivas” representan la supuesta sumisión de la feminidad. Sólo las *bichas* son consideradas/os gays (Cornwall, 1994: 123). En Brasil es muy popular el uso de los verbos *comer* y *dar* para hablar del acto de penetrar y ser penetrado, respectivamente. Quien *come* al/a la otro/a, al mismo tiempo, lo/a está poseyendo y dominando simbólicamente. *Dar* —el ano o la vagina— representa un acto de sumisión.

La consideración de este modelo de sexualidad para analizar las prácticas sexuales entre hombres o, precisando aún más entre hombres y travestis, no se limita a Brasil (Parker, 1991, 2002; Kulick, 1998; Benedetti, 2005), sino que se extiende a otras realidades latinoamericanas como en Nicaragua (Lancaster, 1992), México (Priour, 1998a; Cantú, 2002; Howe, Zaraysky, Lorentzen, 2008), Costa Rica (Sikora, 1998), Cuba (Lumsden, 1996) o República Dominicana (Padilla, 2007). También se estudió este sistema clasificatorio en la cultura mediterránea (Almeida, 1995) o en excolonias españolas como Filipinas (Johnson, 1997).

4. ¿Son las travestis homosexuales?

Considerando, pues, este modelo popular y jerárquico de clasificación de los encuentros homoeróticos en Brasil, es problemático o, al menos no es tan evidente afirmar, que las travestis son homosexuales. Para comenzar, es muy cuestionable pensar que las personas *son* homosexuales, heterosexuales o bisexuales. Siguiendo a

Foucault (2006), las identidades no son fijas, por el contrario, son constituidas también por diferentes discursos científicos en torno al cuerpo y sus placeres. Al mismo tiempo, complejos dispositivos de poder han definido quiénes son “homosexuales”, “normales” o “heterosexuales”. En consecuencia, para evitar estas etiquetas construidas en torno a identidades que terminan siendo esencializadas, convendría más pensar que alguien “está homosexual” en lugar de “ser homosexual” (Fry, 1982b, *apud* Perlongher, 2008: 210, nota 9). Incluso aunque muchas travestis se reconozcan como homosexuales (Kulick, 1998; Pelúcio, 2009), se verá que estas identidades tendrán valor sólo en relación a un determinado contexto: generalmente, no son las mismas relaciones sexuales las que establecen con *maridos* y con clientes. Siguiendo el modelo “activo/pasivo” de clasificación, la construcción de la categoría “homosexual” depende más de las actuaciones y de los roles que se asumen en dicha interacción sexual que de la práctica en sí. Serán definidos como homosexuales quienes acepten el rol “pasivo” de la relación. Y esto no siempre sucede con las también “activas” travestis⁷.

Prieur (1998b) advierte que la feminidad de las *jotas* y *vestidas*⁸ en México es lo que posibilita que sus compañeros y clientes acepten este tipo de relación y no la consideren como un encuentro homosexual. Los términos son otros: ellos se siguen sintiendo “machos” y ellas, siempre que asuman su rol “pasivo”, serán las “maricas” o, en el mejor de los casos, “sus mujeres”. La masculinidad de estos hombres, en principio, no está siendo comprometida. En Brasil sucede lo mismo. La imagen femenina y el rol “pasivo” de las travestis permiten que, en muchos casos, la masculinidad de sus *maridos* y de algunos clientes no sea cuestionada. Hay que tener en cuenta que la construcción de las travestilidades está atravesada por toda una “ingeniería erótica” (Denizart, 1997) que no sólo orienta la construcción de un cuerpo altamente sexualizado, sino que organiza el deseo. Desde el momento que deciden modificar sus cuerpos, feminizándolos y embelleciéndolos, ellas están —al mismo tiempo— “heterosexualizando el deseo” (Butler, 2001: 50) pues construyen cuerpos externamente inteligibles que mantendrán cierta coherencia en algunas prácticas sexuales. Ya no es un cuerpo de hombre que se relacionará con otro cuerpo de hombre, es un cuerpo travesti que, dependiendo de la situación, penetrará/será penetrado por un cuerpo de hombre.

Quienes tienen una mayor conciencia política y han reflexionado más sobre las identidades travesti, pueden advertir con más facilidad que no es lo mismo *ser* travesti que homosexual. La presidenta de ASTRA Río (Asociación de Travestis y Transexuales del Estado de Río de Janeiro) recalca a otras activistas que la

⁷ Pelúcio (2009: 93) concuerda parcialmente con este sistema clasificatorio de género basado en los roles sexuales adoptados en los encuentros eróticos. En su experiencia de campo analizó también un modelo más rígido de interpretación del género travesti en el que éste aparece ligado *naturalmente* al sexo. De esta manera, las travestis, en el fondo, se reconocen como “hombres” que burlan las normas de la naturaleza. Durante mi trabajo de campo, han sido pocos los elementos que me permitieron indagar esta concepción.

⁸ Jóvenes gays afeminados —*jotas*—. Algunos/as adoptan una apariencia femenina y visten como mujeres —*vestidas*—.

homosexualidad es una orientación sexual, mientras que las travestilidades se encuentran en el plano de las identidades —de género—. Por lo tanto, según su relato, las travestis pueden *ser* homosexuales, heterosexuales o bisexuales. Advierte que no necesariamente se debe identificar directamente a una travesti como homosexual. De esta manera, ella se aleja de un análisis de la sexualidad siguiendo el modelo “activo/pasivo” y se aproxima a un modelo más de tipo igualitario y menos popular que se basa en el eje heterosexual/homosexual. Describe que, partiendo del reconocimiento que una travesti no es un hombre ni una mujer: “Una travesti que tiene sexo con un hombre, mantiene una relación heterosexual. Una travesti que tiene sexo con una mujer, mantiene una relación heterosexual. Y una travesti que tiene sexo con otra travesti, mantiene una relación homosexual” (Notas de campo, 18 de abril de 2008). Se observa así que no define a una persona como homosexual según su rol “pasivo” en el encuentro sexual, por el contrario, se centra en la orientación del deseo y en el homoerotismo —entre hombres, entre mujeres o entre travestis—. Así, desde el momento en que las travestis no se reconocen como hombres, y sienten deseo por los hombres⁹, ellas están heterosexualizando el deseo. No obstante, esta forma de entender la sexualidad travesti no representa a la mayoría de las travestis que siguen inmersas en el modelo “activo/pasivo” de relación sexual.

5. Comer/ser comidas: sobre clientes y maridos

A continuación se describirán las formas en que las travestis se relacionan sexualmente con sus clientes y *maridos*. Con esto no quiero decir que no existan lazos afectivos que intervienen en estas relaciones, pero ellos apenas me fueron revelados en el campo. De todos modos, se mencionarán algunas investigaciones que sí han indagado específicamente acerca de los tránsitos por los cuales algunos clientes llegan a convertirse en *maridos* de las travestis, sobre todo en un contexto europeo (Teixeira, 2011; Pelúcio, 2011).

5.1. Clientes

Generalmente, entre las travestis no existen inconvenientes en reconocer que muchas “adoran *comer*” —ser penetradoras—. Todas saben que en el mercado del sexo trabajará más quien sea más vigorosa sexualmente. Pues, como todas afirman, la mayoría de sus clientes desean adoptar un rol “pasivo” con ellas. Según las estimaciones de mis informantes, tanto en Brasil como en España, entre un 70% y un 80% de los clientes quieren *ser comidas*¹⁰. Sin embargo, esta capacidad de actuar como penetradoras no contradice el hecho que, la gran mayoría, prefiere *ser comida*, es decir, en el ámbito privado y personal, quieren adoptar el rol femenino. Reyna, entrevistada en Río de Janeiro, considera que “[...] mi naturaleza es pasiva, quien

⁹ Hay que reconocer, sin embargo, que existe un número reducido de travestis que sienten atracción por otras travestis y por mujeres.

¹⁰ Estos porcentajes, más que ser considerados como datos *reales*, dan cuenta de la magnitud y la percepción que tienen las travestis sobre el número de clientes que quieren ser penetrados por ellas.

me enseñó a ser activa fueron los hombres, pero mi naturaleza es pasiva. Yo... yo siendo hembra que me siento completa, siendo poseída”¹¹. Si bien Reyna se apropia de uno de los estereotipos que giran en torno a la sexualidad femenina, esto es, que las mujeres adoptamos un rol “pasivo” en los encuentros sexuales para dar placer a los hombres, me interesa destacar más la capacidad que ella expresa para, simultáneamente, poder cumplir con ambos roles sexuales aunque prefiera “ser poseída”. No obstante, no todas viven esta dualidad sexual sin conflictos. Sobre todo quienes cuestionan sus identidades como travestis y se consideran transexuales, desempeñar un papel como penetradoras les genera cierto malestar ya que valoran que este acto es una forma de violar su “esencia” e imagen femenina. Nadie está obligada a penetrar con sus penes a los clientes, incluso conocí a travestis que no querían y no podían por causa de las hormonas hacerlo, pues está comprobado que el uso extendido de hormonas dificulta la capacidad de erección. Sin embargo, para quienes trabajan en el mercado del sexo la posibilidad de ser penetradoras les provee los principales beneficios económicos. Sus penes —y cuanto más grandes, mejor— se convierten en un elemento muy valorado para satisfacer las fantasías sexuales del cliente (Kulick, 1998; Pelúcio, 2009). Francisca, entrevistada en Barcelona, observa que:

La travesti no es buscada como mujer, y sí por algo distinto. Y esto para nosotras es difícil, porque la travesti está muy dolorida, es difícil eso. Pero, conseguimos manejarlo, duele a nivel psicológico, es muy embarazoso, ¿entiendes? Porque si pasas años y años tomando hormonas, pasas por el dolor de la cirugía, pasas por el dolor sentimental porque la familia a veces te discrimina más o te recrimina... E, infelizmente, tenemos que ser el marido de la historia, el hombre en la historia.

Aunque a muchas les cueste entender por qué la mayoría de sus clientes prefiere *ser comida* cuando frente a ellos tienen a travestis “bellas y femeninas” que han invertido mucho esfuerzo para parecerse a las mujeres y, además, desean ser poseídas, también reconocen —como profesionales del sexo— que en el ámbito de los deseos y de las fantasías los hombres pueden ser muy “viciosos”¹². De hecho, precisamente a los clientes les atrae la conjunción de una persona con una imagen femenina que, a su vez, posee un pene. Como Samanta sentencia desde Río: “Los clientes pagan el silencio de nosotras con dinero. A ellos les gusta fantasear que una mujer los *está comiendo*” (Notas de campo, 7 de julio de 2008). En el imaginario erótico-sexual de muchos hombres, ellas representan a *mujeres con algo más* (Pelúcio, 2007). Ese *algo más* se expresa, precisamente, a través de ese alto porcentaje de clientes que quieren *ser comidos*. Por otra parte, según creen los clientes, desearlas no implica ser reconocidos como gays pues están deseando a “bellas mujeres”. Así lo manifiesta Cristina, una travesti entrevistada en Río:

¹¹ Todas las traducciones del portugués son propias.

¹² Término *emic* que es utilizado para referirse a los clientes que gustan de los penes de las travestis y asumen una posición “pasiva” en el encuentro sexual (Pelúcio, 2009).

ellos quieren una mujer diferente, ellos quieren una mujer con polla, vamos a decir así [ríe]. En verdad, a los clientes de las travestis no les gusta estar en el cama con otro hombre, si estuvieras vestido de hombre él no va a la cama contigo. Él tiene que ver alguna cosa femenina, porque ellos quieren creer que no son homosexuales.

Pelúcio (2007, 2009) ingresó en la red de los *T-lovers* en Brasil, es decir, son hombres que gustan tener sexo con travestis y que se organizan en grandes ciudades del país a través de encuentros *off-line* y foros de debate en Internet. Estos clientes de travestis consideran sus prácticas sexuales y eróticas con las travestis como “naturales” y hasta “deseables” para los “hombres de verdad”. No sólo se identifican como hombres “normales”, sino que inscriben sus comportamientos dentro de la matriz de una masculinidad entendida como hegemónica. La mayoría, casados y de clase media, refuerza —en la interacción con otros *T-lovers*— su masculinidad y su identificación como heterosexuales para evitar cualquier tipo de asociación con prácticas homosexuales y con una identidad gay, características altamente desvalorizadas en el grupo. Independientemente de sus deseos y de sus prácticas sexuales con las travestis, estos clientes quieren ser considerados como “machos” y, entre otros comportamientos, desean que *sus* travestis sean bien femeninas para reafirmar, precisamente, su propia masculinidad. No obstante, aunque *sean penetrados* por estas *mujeres con algo más*, ellos siguen asumiendo su posición viril y de control ya que son quienes eligen a las travestis, quienes pagan y determinan las prácticas que serán realizadas.

A ciertos clientes no les importa el grado de feminidad alcanzado por las travestis —aspecto que pone en cuestión la masculinidad de los *T-lovers*—. Travestis bien femeninas y que han transformado sus cuerpos se quejan de las elecciones de algunos clientes que ni siquiera aprecian su estética corporal. Por el contrario, estos clientes prefieren cuerpos pocos femeninos, es decir, al menos con pocas hormonas, que garanticen penes erectos y potentes para penetrarlos. Este deseo permite que personas sólo “montadas” puedan también trabajar en el campo sexual aunque cobren menos dinero que las travestis por los mismos servicios. Sin embargo, como aseguraba Cristina, al menos el “montaje” es necesario para que ellos no crean que están con hombres. Con la llegada de la silicona las travestis pudieron y pueden construir sus cuerpos “bellos y femeninos” sin comprometer su capacidad de erección.

Conviene que describa de forma más detallada a los clientes porque no todos pueden ser comprendidos de la misma manera. Para comenzar, la mayoría de los clientes de las travestis son hombres, si bien mis informantes mencionan algunos pocos casos de matrimonios que solicitan sus servicios para que ellas penetren a sus mujeres. Estas tareas, que usualmente cumplen con desagrado, son muy costosas porque las travestis sólo las realizan si reciben una buena compensación económica a cambio. Aunque puedan existir excepciones, generalmente el deseo sexual de las travestis está orientado exclusivamente hacia los hombres.

Según los discursos de las travestis, sus clientes son diferenciados entre: “hombres” y “mariconas”. En el grupo de los “hombres” se encuentran clientes jóvenes que pertenecen a los mismos estratos sociales de las travestis (Benedetti, 2005),

o sea, comparten códigos generacionales que los tornan muy atrayentes. Generalmente, ellos cuentan con bajos recursos económicos y se movilizan a pie para contactarlas. Son quienes *comen* en las relaciones sexuales, esto significa que sólo les interesan las formas femeninas de las travestis, desdeñando cualquier contacto con sus penes. En tanto “hombres de verdad”, jóvenes y guapos, de acuerdo a los patrones estéticos de las interesadas, se convierten en un importante objeto del deseo travesti. Tanto es así que posibles clientes se vuelven amantes esporádicos a los que no se les cobra. También es muy frecuente que se conviertan en sus futuros *maridos*.

En el segundo grupo, el de las “mariconas”, se encuentra ese alto porcentaje de clientes de las travestis que prefieren ser penetrados por ellas. Muchos están representados en la descripción que Pelúcio (2007, 2009) hace sobre la red de los *T-lovers*. Frecuentemente, son hombres de más edad, con esposa e hijos/as y pertenecientes a las clases sociales medias y más altas. Acostumbran negociar los servicios sexuales desde sus coches, muchos lujosos. Estos clientes, aunque les suministran su principal fuente de ingresos, son despreciados por las travestis. Si bien tienen una imagen y una forma de presentarse socialmente como masculina, para las travestis están directamente vinculados con el polo femenino, aspecto que los desvaloriza social y sexualmente. El apelativo peyorativo de “maricona” que ellas frecuentemente utilizan remite al menosprecio que les genera el hecho de no reconocer públicamente —como las travestis lo hacen— sus deseos sexuales, convirtiéndolos en personas con una doble vida, sin honra ni coraje. “Por eso, muchas travestis afirman ser ‘más machos’ que estos hombres, pues tienen el coraje de ‘asumirse’ y de ‘encarrar a la sociedad’” (Pelúcio, 2007: 90).

Estas caracterizaciones en torno a los “hombres” y las “mariconas” no deben ser pensadas como dos formas estáticas y cerradas de describir a los clientes. Por el contrario, aunque son presentadas de manera dicotómica y extrema, se debe considerar las diversas combinaciones y articulaciones posibles. Por ejemplo, existen clientes jóvenes y guapos que, aunque aparentan ser “hombres de verdad”, desean *ser comidos*. Asimismo se encuentran “mariconas” que lejos de ser solventes, cuentan con muy bajos recursos económicos y de forma abierta expresan su feminidad. Por lo tanto, la heterogeneidad de los clientes puede ser tan rica y compleja como lo son sus experiencias, deseos y orígenes económicos y sociales.

Teixeira (2011) analiza la relación que un grupo de travestis brasileñas mantienen con sus clientes italianos. En la ciudad de Milán, donde llevó a cabo su trabajo de campo, la autora relata que las travestis los clasifican como: a) *cliente de calle*: muy frecuentes, poco “fieles” y muy poco valorados por las travestis; b) *cliente drogado*: quien introduce el consumo de droga en el encuentro sexual. Algunas travestis que tienen “juicio” desarrollan algunas estrategias para, sin demostrarlo, no consumir junto a ellos y no volverse drogodependientes. Con este tipo de clientes ellas ganan bastante dinero porque el tiempo que disponen para el servicio siempre es mayor; y c) *cliente fino*: es el favorito de las travestis y el único que, potencialmente, se puede convertir en un *marido* pues se caracteriza por demostrar gentileza y refinamiento en la forma de tratarlas. Los *clientes finos*, particularmente hombres italianos o suizos, son educados, con dinero, les hacen regalos, las invitan a cenar o a dar

paseos. Más allá de las prácticas sexuales asumidas en esta relación, conquistar un *cliente fino* es un acto muy valorado entre las propias travestis ya que, si se vuelve un *marido*, les asegura en Italia —donde ellas se encuentran frecuentemente indocumentadas y se enfrentan a situaciones de vulnerabilidad— protección y “ayuda” en sus proyectos migratorios. El término “ayuda” es una categoría *emic* que se refiere a la red que interviene para que las travestis viajen a ciudades como Río, a Europa o que se inserten una vez en el contexto de destino (Piscitelli, 2008; Teixeira, 2008). En el caso de los *clientes finos/maridos* italianos se involucran las relaciones afectivas para justificar esta “ayuda” que no siempre se traduce en términos económicos —por ejemplo, cuando sus *maridos* se ofrecen como garantes para que ellas puedan alquilar apartamentos o les enseñan el idioma italiano—.

En definitiva, ya en un contexto europeo, el trabajo de Teixeira (2011) revela que los clientes antes que ser clasificados como “hombres” o “mariconas” son evaluados según el nivel y la capacidad que tengan para “ayudarlas” a insertarse en territorio italiano. Las travestis y sus *clientes finos/maridos* construyen, pues, relaciones basadas en la amistad, el erotismo, el deseo o el afecto. En estos intercambios económicos, sexuales, sociales y simbólicos, ellas encuentran unas ventajas que obtienen sentido sólo en su contexto migratorio. En Brasil, aunque se encuentren clientes educados y caballeros, difícilmente asumirían el rol de protector de los *clientes finos* italianos no sólo porque las travestis “en casa” son —aparentemente— menos vulnerables, sino también porque son mayores los prejuicios por parte de los hombres para “ayudar” en calidad de amante o buen amigo a una travesti. Se analizará más adelante de qué manera se construye la relación entre las travestis y sus *maridos* en Brasil.

En Barcelona, sólo una de mis entrevistadas (Márcia) estaba casada¹³ con un hombre catalán, ex cliente, con quien convivía ya antes del casamiento. Esta unión, fruto del compañerismo y el cariño que existe entre ellos, es también una forma en que Márcia fue “ayudada” para permanecer legalmente en España. Sin embargo, este caso es más bien una excepción. Para comenzar, todas mis informantes consideran a los clientes españoles como más “viciosos”. Francisca sentencia que ellos “[...] llevan el vicio en la sangre”, relata que antes de saludarla le preguntan cuál es el tamaño de su pene, sólo piensan en sexo. Pelúcio accedió a dos importantes sitios españoles en Internet donde travestis latinoamericanas ofrecen sus servicios sexuales y se organizan foros entre los clientes¹⁴. La autora también advierte que los clientes españoles son más exigentes en cuanto a las prácticas sexuales que desean, pues para anunciarse en estos portales las travestis tienen que ofrecer frecuentemente prácticas —por ejemplo, “lluvia dorada”, “fiesta blanca”, “beso negro”¹⁵— que normalmente no son solicitadas por los clientes en Brasil (Pelúcio, 2011). Al

¹³ En España entró en vigor en julio de 2005 la Ley 13/2005 que legaliza el matrimonio entre personas del mismo sexo.

¹⁴ Los sitios en Internet son: Taiaka Shemale (<http://www.taiakashemales.com/>) y Rincon Tranny (<http://www.rincontranny.com/portal/>).

¹⁵ Respectivamente: orinar sobre el cuerpo del/de la compañero/a; eyacular sobre el/la compañero/a, preferentemente en el rostro o en la boca; lamer el ano.

mismo tiempo, se quejan de su falta de higiene —refiriéndose a los europeos, en general— y de su regateo constante de los precios —los españoles, en particular—. Rosanne, quien vive hace más de siete años en Barcelona, se queja que los catalanes están mal acostumbrados: quieren mucho y pagan poco. En realidad, estos hombres “quieren aventurarse, probar novedades, correr riesgos” (Pelúcio, 2008: 21). No obstante, existen “buenos” clientes que son fieles y regalan hasta “pedazos de oro” como me cuenta Francisca, travesti reconocida y que trabaja con una clientela de alto nivel en su piso privado en Barcelona. Sin embargo, de manera general, no parece que los clientes españoles obtengan el mismo respeto que los *clientes finos* milaneses.

Volviendo a Brasil, es interesante distinguir que el modelo “hombre/maricona” que las travestis emplean reproduce el modelo más general “activo/pasivo” en el cual ellas también están insertas. Es decir, de la misma manera que las travestis repudian a las “mariconas” por ser, en el fondo, “*bichas* no asumidas”, ellas mismas son repudiadas por la sociedad por ocupar también el lugar de las “maricas”. Las travestis no sólo son consideradas “maricas” por sus prácticas sexuales —*dar* su ano a los hombres—, sino porque —sobre todo— ellas han repudiado su condición *natural* de hombres para convertirse en travestis. Al elegir vivir sus vidas *como* mujeres, desmontan de forma radical —aún sin proponérselo— los cimientos de una sociedad heteronormativa que valora positivamente la exaltación de la masculinidad. En consecuencia, por esta *afrenta* de las travestis en el plano de la sexualidad y del género, ellas son sancionadas como “maricas”. La diferencia que las travestis encuentran con sus clientes “mariconas” es que, al menos, ellas tienen la capacidad de asumir su deseo y enfrentarse a la sociedad.

Para concluir este análisis sobre los clientes, no es tan sencillo afirmar, como muchas travestis lo hacen, que “sus clientes son homosexuales encubiertos”. Los clientes son muy diferentes entre sí y, lo más importante, sus demandas sexuales también son diversas. En consecuencia, comprender sus deseos y sus prácticas pensándolos como gays/no gays simplificaría enormemente el contenido de la discusión. Si eligen tener sexo con travestis, más allá del papel sexual que desempeñan, es porque encuentran en ellas la realización de fantasías que otras personas no pueden satisfacer. Ellas también son buscadas porque saben exactamente qué hacer para satisfacerlos, como Pelúcio (2007, 2009) destacó en los relatos recogidos de *T-lovers*. En fin, me interesa subrayar que en este juego de intercambios eróticos y sexuales, hombres, “mariconas” y travestis interactúan desempeñando sus propias performances de género. Más que pensar que sus conductas sexuales son organizadas de acuerdo con la atracción por uno u otro “sexo” (Oliveira, 2009), conviene considerar la forma en que el género interviene para dar sentido a las prácticas sexuales que, en definitiva, clasificarán a las personas como masculinas y/o femeninas. En efecto, es el propio género el que otorgará significado a los cuerpos (Butler, 2001) por medio de ciertas performances que son accionadas en los encuentros sexuales. Como se ha visto, “hombres de verdad” mantienen su masculinidad intacta siempre y cuando sean ellos quienes *coman* a travestis que, al menos, estén “montadas”. El

deseo, pues, es heterosexualizado principalmente a través de las performances de género ejecutadas en esta interacción.

5.2. *Maridos*

Si con los clientes las travestis pueden desenvolver los dos roles sexuales, con los *maridos* la situación es diferente: definitivamente, el hombre de la casa no puede ser una *bicha*. Como los describió Kulick (1998), generalmente estos hombres son jóvenes —no más de 30 años—, guapos, musculosos y bien *dotados* que comparten los mismos orígenes sociales que las travestis. Estos novios, que inmediatamente se convierten en *maridos* simbólicos para las travestis, las controlan, las celan y, en algunos casos, pueden llegar hasta maltratarlas físicamente. Travestis que sueñan con una forma de vida siguiendo los roles de género más estereotipados, aceptan e, incluso, de alguna manera valoran esta situación de relativa indefensión en tanto “mujeres sumisas” frente a *maridos* violentos y viriles. Es por esto que las características masculinas de sus *maridos* son realzadas para, de forma contraria, acentuar sus propias fantasías vinculadas a la feminidad. Ellas así se sienten deseadas y tratadas por sus atributos femeninos (Benedetti, 2005). Pero si, por un lado, en el ámbito privado, muchas interpretan la feminidad de una forma más *folclórica*: como “amas de casa” que sufren el despotismo del *marido*, por el otro lado, entienden la feminidad como un modo de empoderamiento: se sienten *como* mujeres sensuales, seguras de sí y deseadas. Sin embargo, la combinación de estos dos modelos de feminidad no siempre puede ser sostenida. Luciana, entrevistada por Denizart (1997: 76), relata:

Perdí tres años con mi marido, engañándome, creyendo que un día sería la ama de casa, que tendríamos un perrito... un poodle, y que tendríamos una familia: yo, él y el perro... cocinar, lavar, planchar... y la cosa no funcionó bien... Esa no es nuestra realidad. Nuestra realidad es vestir ‘nuestra camiseta’, salir por ahí luchando y ostentar el cuerpo bonito, una cabeza saludable, dinero en la cartera si se puede acumular, viaje para Europa...

No obstante, sería muy simplista pensar en las travestis como víctimas de *maridos* despóticos si eligieran este modelo más *folclórico* de feminidad (Kulick, 1998). Resulta difícil entender cómo si en la calle se las teme y respeta pues son capaces de defenderse/agredir utilizando la fuerza física (Perlongher, 2008), ellas aceptan ser sometidas completamente en el hogar. Considero que las travestis hacen un uso estratégico de ciertas características atribuidas a la feminidad porque, en realidad, tener un *marido* implica un acto de empoderamiento. Son ellas quienes los aceptan —y no a la inversa— y los mantienen económicamente. La gran mayoría de sus *maridos* no trabaja, de modo que vive exclusivamente de las travestis. En Italia, aunque las travestis pueden entablar otro tipo de relación con sus *maridos* italianos, con sus *maridos* brasileños —una vez que las interesadas pagan sus viajes para tenerlos junto a ellas en Milán— se reproduce el mismo esquema que se acaba de describir: los *maridos* brasileños no suelen trabajar (Teixeira, 2011). No se puede decir exactamente que ellos son sus proxenetas, generalmente no intervienen ni toman

decisiones en el ámbito del trabajo sexual. Ocurre que esta dependencia económica hace que la relación entre las travestis y sus *maridos* se vuelva paradójica. Porque si bien ellos son los “machos” y las controlan —al menos sexualmente—, ellas los dominan desde el momento en que son quienes aportan todo el dinero para el hogar y para sus gastos. Esta es también una forma de comprar su fidelidad.

En Río, en el caserón¹⁶ donde realicé mi trabajo de campo, sólo vivía el *marido* de Samanta, la secretaria de la poderosa Reyna, travesti que controlaba/protegía al resto de travestis del barrio. Este joven veinteañero, con el que apenas intercambié algunas palabras, era muy introvertido y pasaba todo el día fuera de la casa. Su rutina consistía en gastarse en juegos y en cervezas con amigos el dinero que cada día Samanta le proveía para sus gastos personales. Conociendo a Samanta, intuyo que la ausencia de su *marido* del caserón provenía de una orden de ella para evitar celos, conflictos y seducciones por parte del resto de travestis que vivía y que transitaba por el caserón. Un hombre en la casa es alguien a quien hay que cuidar y controlar. Es muy habitual que un *marido* después de terminar una relación con una travesti, se involucre con otra travesti amiga o conocida. El negocio del “amor” termina siendo muy rentable para estos hombres con pocos deseos de trabajar. Aunque el *marido* de Samanta vivía con ella hace más de tres años, la respetaba y era muy reservado, los conflictos no dejaron de aparecer en el caserón. Presenció el día en que Paula decidió marcharse del caserón porque discutió con Samanta quien la acusó de “víbora” por haber mentido y traicionado su amistad. A Samanta le llegó la información que Paula advertía a las otras travestis para que no anduvieran por la casa en shorts cortos porque el *marido* de Samanta estaría encima de todas. Paula, quien no desmintió la acusación, se marchó con el repudio del resto.

El dinero y los regalos que los *maridos* reciben de las travestis forman parte de la construcción y el mantenimiento de esta relación. De manera opuesta, sus *maridos* italianos son quienes otorgan regalos a las travestis. Al asumir el rol de dadores se convierten en hombres muy valorados por las travestis que migraron a Milán. Sin embargo, en Brasil la situación suele ser diferente. Como Kulick (1998) menciona, una travesti pobre no tiene *marido*. La intervención del dinero forma parte de una práctica habitual que delinea los encuentros eróticos de hombres y travestis, fuera del mercado del trabajo sexual.

Leandro de Oliveira (2009) analiza las dinámicas que intervienen en un *night club* de los suburbios de Río. Allí confluyen travestis, gays con una apariencia masculina, gays que se transvisten —*cross-dressers*— y “hombres de verdad”. Estos últimos, como aquéllos que presentan una performance entendida como masculina, ingresan en el recinto sin pagar. Quienes pagan —travestis y *cross-dressers*¹⁷— lo hacen con la motivación de interactuar eróticamente con los “hombres de verdad”. En este sitio no sólo se bebe y se baila, también existen pantallas donde se exhiben

¹⁶ Gracias a mi informante-clave, en Río de Janeiro tuve acceso al caserón, una gran casa antigua y deteriorada en el barrio de Lapa donde vivía un grupo de travestis. Las diez habitaciones del caserón eran compartidas por un número que oscilaba entre diez y quince travestis quienes pagaban a Samanta el alquiler diario de sus estancias allí.

¹⁷ Las mujeres no suelen frecuentar estos lugares.

vídeos pornos y hay espacios para tener encuentros “íntimos” entre dos o más personas. Aquí, en este espacio de placer, las travestis dejan de trabajar ya que no cobran al compañero que eligen para relacionarse sexualmente —de hecho, son ellas las que han pagado la entrada—. Al mismo tiempo, los “hombres” u “hombres de verdad”, quienes aseguran que sólo gustan de mujeres y de travestis, aceptan mantener relaciones con gays con apariencia masculina sólo cuando hay de por medio algún beneficio material —invitación a una cerveza o algo de dinero—. Entre estos “hombres” no existe una lectura de su actuación según los parámetros más tradicionales de la prostitución, es decir, intercambian servicios sexuales por dinero. Por el contrario, su actividad tiene gran prestigio y afianza su masculinidad. La prostitución no es reconocida en estos ambientes donde se privilegian más los roles que se desempeñan en los encuentros eróticos que el dinero. No obstante, en tanto “hombres muy masculinos” tienen que justificar, a través de una cierta ganancia económica que *deben* aceptar y exigir, que *no son gays*. Si no lo hicieran, se verían degradados y se pondría de relieve la incongruencia entre sus conductas sexuales y el género que representan. En definitiva, los “hombres” refuerzan su masculinidad al sentirse atraídos por personas con apariencia femenina, este mutuo deseo erótico entre “hombres” y travestis hace que no haya, en el contexto de estos encuentros fugaces, ninguna intervención financiera. Por el contrario, en el caso de gays que no se transvisten, al ser supuestamente menos deseables, la retribución material debe existir para sustentar dicho encuentro. Como Oliveira sintetiza:

El dinero, lejos de representar un equivalente para las relaciones de intercambio, opera como un signo marcado por el género, a partir del contexto de interacción en que es accionado, expresando el reconocimiento del *status* masculino que un *hombre* ostenta (2009: 135).

El dinero, pues, estructura la organización de una relación *matrimonial* donde los *maridos*, lejos de percibirse como “mantenidos”, encuentran que su masculinidad —expresada, sobre todo, en el plano erótico-sexual y en el género— está siendo reconocida y cuidada. Por otra parte, las travestis al reforzar materialmente la masculinidad de sus *maridos* están, al mismo tiempo, reforzando su propia feminidad. El dinero es sólo el vehículo para interpretar este juego de prácticas e intereses que se sostiene según las dinámicas que intervienen para nutrir y tensar los polos de la feminidad y la masculinidad. No obstante, no todas quieren y pueden mantener a un *marido*. Travestis más independientes —y pobres— prefieren evitar sustentar “parásitos” que sólo quieren “comer, dormir y ver la televisión” (Denizart, 1997: 73). Sin embargo, la desilusión amorosa también interviene. Existen casos de *maridos* que huyeron después de haber robado dinero y objetos de sus compañeras.

Lo más importante es resaltar que, cualquiera sean los motivos y los intereses de esta unión, en la cama son ellos los que tienen el poder. O al menos lo *deben* tener porque simbólicamente son contruidos/se construyen como hombres muy masculinos y viriles. Desde el momento en que desean ser penetrados o acarician y tocan los penes de las travestis, ellos son inmediatamente desplazados al polo femenino de la relación. Igualados a las travestis, son descalificados como “buenos” *maridos*

y excluidos del círculo travesti: ya nadie los querrá en *matrimonio* (Kulick, 1998; Benedetti, 2005). Es por esto que uno de los mayores insultos entre las travestis consiste en sentenciar: “*Seu marido é viado*” —“Tu *marido* es un maricón”—. Ellas quieren a un “hombre” en la casa. Samanta asegura que “[...] no haría jamás con él penetración anal. Para mí, yo veo la imagen de él, para mí él es un hombre. Porque si yo tuviera que buscar un sexo anal lo busco en la calle. Para mí, en casa, yo quiero un hombre”. Priscila también comenta en Río que “[...] ya con mi compañero fijo prefiero hacer solamente de mujer”.

Para terminar de comprender la relación que las travestis establecen con sus *maridos*, se debe agregar que es muy poco frecuente que socialicen juntos, es decir, no suelen interactuar con sus respectivos/as amigos/amigas ni familiares, si es que existieran. Kulick (1998) describió dos motivos para que este “aislamiento matrimonial” se desarrolle. El primero son los celos, por ambas partes. Las mujeres y otras travestis, por un lado, y los jóvenes y apuestos hombres, por el otro, son siempre una amenaza para unas y otros. Posibles encuentros eróticos *extramatrimoniales* acechan a cada instante. Con esta consideración se entiende mejor el poco protagonismo del *marido* de Samanta en el caserón. Un segundo motivo reside en la vergüenza, como ellas denominan, que sienten sus *maridos* cuando son presentadas públicamente como sus compañeras. Que se reconozca que ellos sólo penetran a las travestis y, en consecuencia, no *son* gays, no deja de acarrear el hecho que se encuentran justo en el límite de la respetabilidad. Las travestis, socialmente repudiadas en tanto “*bichas*”, son estigmatizadas duramente por su doble *infracción* del género y de la sexualidad. En efecto, quienes sean públicamente reconocidos como sus *maridos*, están más expuestos a que inmediatamente se los identifique también como “*viados*” según el sistema clasificatorio homosexual/heterosexual, pues para la sociedad en general las travestis *son* “hombres”.

He contemplado que transformarse en travestis está también estrechamente vinculado a la relación que establecen con los hombres —*maridos* y clientes—. Se ha visto que el empleo del modelo homosexual/heterosexual es muy limitado para analizar la forma en que los deseos sexuales y los encuentros eróticos se expresan entre “hombres” o entre “hombres” y travestis. En el contexto de la cultura popular brasileña, diversa y plural, es más útil reflexionar a partir del eje “activo/pasivo” para intentar comprender cómo se organiza la dinámica de estas relaciones. Se observa que es el género el que interviene para regular los deseos y las prácticas sexuales pues está al mismo tiempo dotando de significación a los cuerpos que participan en dicha interacción. Será, pues, en la conjunción de la sexualidad con el género que los límites entre la masculinidad y la feminidad darán forma a las identidades travestis.

6. El significado del trabajo sexual

El trabajo sexual no representa únicamente la principal salida laboral a la que pueden acceder las travestis, también es el espacio de construcción y aprendizaje de lo femenino, y de reafirmación de sus transformaciones corporales (Kulick, 1998; Benedetti, 2005). Esto significa que el trabajo sexual incide directamente en la forma de construir las identidades travestis. Pues será en el espacio de la prostitución donde socializarán con otras travestis, aprenderán los “trucos” para “montarse correctamente”, conocerán los métodos para transformar y feminizar sus cuerpos, se sentirán admiradas y deseadas por clientes, amantes y posibles futuros *maridos* y, sobre todo, podrán performar su manera de entender la feminidad. En una palabra, el género travesti es principalmente aprendido y examinado a través del trabajo sexual. Y este proceso se lleva a cabo, como describe Benedetti,

por medio de un complejo sistema de estímulos, señales, aprobaciones y reprobaciones que confirman, niegan o cuestionan las inversiones en el proceso de transformación del género. Ese *feedback* que las travestis esperan de las colegas, de los clientes, transeúntes y otras personas es fundamental para la conformación de los valores atribuidos a lo femenino y a lo masculino (2005: 115-6).

Incluso para las nuevas generaciones de travestis que, lentamente, pueden acceder a mayores estudios y no se prostituyen, el trabajo sexual sigue siendo una referencia importante en sus experiencias identitarias ya que es el espacio por excelencia donde “la transgresión de las normas de género encuentra aceptación” (Duque, 2009: 149). A diferencia de espacios como la familia y la escuela donde se impone la heteronormatividad y se sigue sancionando en mayor o menor grado cualquier otra variante de género o de orientación sexual, en el espacio de la prostitución estas variantes son aceptadas, valoradas y rentabilizadas. Por consiguiente, para las travestis más jóvenes que tienen acceso a otros recursos para vivir, el trabajo sexual se torna igualmente atrayente en tanto referencia para construir sus procesos de feminización.

Todas mis informantes, tanto en Río como en Barcelona, han experimentado o viven del trabajo sexual. De forma profesional y sistemática, o a través de algunos “amigos” puntuales que les proveen “regalos”, la gran mayoría encuentra en estos intercambios económicos, sexuales y simbólicos uno de los principales medios no sólo para subsistir, sino para vivir y reafirmar sus propias identidades. Las únicas excepciones que me constan de personas que nunca se han prostituido son Martine y Regina, integrantes de la llamada primera generación que a partir de los años setenta comenzaron a vivir sus identidades de género como travestis. Ambas viven en Río, provienen de familias estructuradas de la clase media y han sido escolarizadas. Martine se identifica como transexual y es peluquera, aunque también se reconoce como escritora y actriz. Regina, una de las travestis más populares y mediáticas de Brasil, se identifica como artista y siempre ha vivido exclusivamente de la actuación. Quienes se consideran “artistas” —incluso aquéllas que en el pasado se han prostituido— desprecian a quienes están involucradas con un tipo de prostitución más “marginal”, como llaman al trabajo sexual callejero. Estas “artistas” reproducen

un discurso más conservador que asocia la prostitución con la delincuencia. Aunque no se puede negar que algunas travestis roban a sus clientes, es inapropiado pensar sobre el trabajo sexual de las travestis siguiendo únicamente estos parámetros. No obstante, estas distinciones permiten que las “artistas” de las primeras generaciones construyan un *nosotras* con el recuerdo de los mejores años de los espectáculos de revistas, sus viajes a Europa, la admiración de hombres y de mujeres, y el halo de “glamour” que rodeaba/rodea sus vidas. Este *nosotras* precisa tomar distancia de las *otras*, vinculadas al trabajo sexual callejero, a la marginalidad, a las drogas y a la delincuencia. Como Lina manifiesta claramente:

artista con prostitución no existe. Palco es palco, calle es calle. [...] De la prostitución no se va a llegar a nada, ¿llegas a qué? Un día ser asesinada, o coger una enfermedad, o ser ahorcadas, pasar privaciones... La considero una profesión donde tienes que tener coraje, ¿no?, la considero una profesión corajosa que no llega a nada. El artista llega a algún lugar, ¿no?, yo ya llegué a algún lugar.

Sin embargo, la calle es el principal sitio donde la mayoría de las travestis que conocí, sobre todo en Río de Janeiro, reafirman sus identidades y obtienen su fuente de ingresos. El trabajo sexual también se convierte en un indicador no sólo de la falta de otras oportunidades laborales para las travestis, sino de cómo se desenvuelve el “negocio del deseo” (Perlongher, 2008) en el que ellas ofrecen sus cuerpos femeninos con *algo más*. Intereses económicos, deseos, sociabilidad e identidades travestis se articulan para tejer la trama del significado del trabajo sexual en el universo travesti. Samanta reflexiona, sintetizando, acerca del trabajo sexual: “fue de ahí que yo me transformé en lo que soy hoy, si no fuese [por] la prostitución, yo no sería la Samanta que soy hoy”. En definitiva, este trabajo no sólo les proporciona el dinero para vivir y para invertir en sus modificaciones y cuidados corporales, también interviene directamente en el proceso de construcción identitario. Al mismo tiempo, el paso por la prostitución es importante porque además de ser el espacio ideal —y el único— para exhibir y performar su manera de entender la feminidad, muchas pueden reforzar su autoestima cuando se sienten deseadas por clientes y transeúntes. Viviana, una habitante del caserón, me cuenta que le encanta su trabajo porque “Los clientes me dicen que soy hermosa y, además, me pagan” (Notas de campo, 11 de agosto de 2008).

El reconocimiento de la importancia que tiene el trabajo sexual para construir la feminidad de las travestis no implica necesariamente aceptar que *sólo* construyen sus cuerpos para los clientes. Aunque el mercado del sexo requiere que cuiden y embellezcan más sus cuerpos, hay que tener en cuenta que sus deseos para modificarlos surgen antes de dedicarse profesionalmente al trabajo sexual (Kulick, 1998). Se sabe que ellas quieren ser femeninas y buscan alcanzar la “perfección”, como ellas afirman. El trabajo sexual, pues, es el principal medio para alcanzar estos objetivos pero sería una concepción algo acotada pensar que sólo modifican sus cuerpos para trabajar más. De todos modos, a pesar de lo expuesto, se deben realizar dos consideraciones al respecto. En primer lugar, existen travestis que estiman que sí es necesario feminizar y modificar sus cuerpos para trabajar más. Alessandra,

una reconocida travesti que inyecta silicona en los cuerpos de otras travestis, advierte sobre el problema de quienes sólo piensan en agradar a los clientes a través de sus cuerpos: “[...] pero ahí es donde viene que ellas se estropean porque los clientes sólo las quieren por una hora, no las quieren para andar con ellas de día. Entonces ellas están agradando al cliente pero ellos no van a reconocerlas en la calle”. Cuando Alessandra menciona que estas travestis “estropean” sus cuerpos se refiere al hecho que quienes más insatisfechas estén con los resultados del trabajo sexual, serán quienes más deseen someterse a repetidas sesiones de inyección de silicona y/o, quienes puedan permitírselo, a cirugías estéticas. Tal como Alessandra también sostiene, “la prostitución genera inseguridad debido a la propia calle en sí. Porque si una tiene unas nalgas un poquito grandes, ella [la otra] quiere ponerse una mayor porque cree que aquel hombre sale con la otra porque [tiene unas nalgas] un poco mayores”. Estos cambios físicos les otorgan una seguridad que, en realidad, es finita. Como Alessandra cuenta, después de tres días o una semana sin trabajar quieren ponerse aún más silicona porque así creen que volverán a ganar dinero. Para muchas es difícil reconocer que estas épocas sin trabajar son malas rachas o fases por las que todas atraviesan cuando trabajan en el mercado del sexo.

Una segunda consideración consiste en reconocer que al acceder al mercado transnacional del sexo ellas tienen la posibilidad de reflexionar y comparar las estéticas corporales que los clientes desean según los distintos lugares por los que transitan. De esta manera, advierten, *grosso modo*, que los clientes europeos prefieren a las travestis delgadas y con buenos pechos, mientras que los brasileños se inclinan por los cuerpos con curvas y prominentes nalgas. Si bien cada vez se están homogeneizando más los modelos de belleza femeninos —en el caso de las travestis y las mujeres brasileñas, el deseo de aumentar sus pechos es un indicador de la incorporación de estéticas globalizadas (Edmonds, 2010)—, ellas son conscientes del tipo de cuerpo que pueden ofrecer a sus clientes tanto en Brasil como en Europa. Esto no significa que indefectiblemente *moldean* sus cuerpos de acuerdo a los gustos de los hombres en cada contexto, sino que de manera estratégica potenciarán algunas características para ser más deseables. Al mismo tiempo, en el contexto de sus migraciones a Europa, ellas resaltan frecuentemente su *brasileñidad* (Piscitelli, 2011) como una identidad que les otorga “valor” en el mercado del sexo. Así, al presentarse como una “travesti mulata brasileña” o al afirmar que “somos más calientes” contribuyen a que sus cuerpos sean “racializados” (Pelúcio, 2011), es decir, se apropian y hacen uso de la sexualización que históricamente es atribuida a las mujeres negras en Brasil (Piscitelli, 2004). Precisamente, uno de los rasgos que más destacan las travestis al describir corporalmente su *brasileñidad* son sus nalgas. Como resalta Fernanda en su libro *Princesa* (Albuquerque y Jannelli, 1996: 132), a diferencia de las italianas, las travestis brasileñas se caracterizan por “tener un trasero grande y hermoso”. Estos apuntes proporcionan un indicio acerca de la relación que se establece entre clientes y construcción de los cuerpos travestis.

Sintetizando, es cierto que si bien el trabajo sexual es el principal espacio donde ellas pueden empoderarse al reafirmar sus identidades travestis, sentirse deseadas, “bellas” y femeninas, también es el sitio donde la gran competencia y la falta de

trabajo pueden hacer que se vuelvan más vulnerables y dependientes de continuas modificaciones corporales. Se ha analizado que las identidades travestis se construyen no sólo a través de sus prácticas sexuales, sino por medio de sus procesos de transformación corporal. Sus cuerpos, pues, son un eje fundamental para organizar sus experiencias identitarias y de vida. En consecuencia, si el mercado del sexo en el que están insertas no proporciona los rendimientos esperados, se emplearán distintas técnicas para asegurar —al menos provisoriamente— su utilidad: se intervendrá directamente sobre los cuerpos, se ofrecerán nuevas prácticas sexuales o se buscarán nuevos territorios donde trabajar.

7. Palabras finales

Se ha contemplado que el género de las travestis se expresa mediante la materialización en sus cuerpos del deseo de sentirse *como* mujeres. En el campo de la sexualidad, importa menos quienes *son* y más qué *hacen* (Cornwall, 1994), es decir, las prácticas más que las identidades, para dar sentido a cómo construyen su propia manera de entender la feminidad. La construcción de las travestilidades está también estrechamente vinculada a la relación que establecen con los hombres —*maridos*, amantes y clientes—. Partiendo de una de las formas en que se organiza la sexualidad en Brasil —modelo “activo/pasivo”—, se advierte que se establece una relación jerárquica entre, por un lado, quienes son considerados “hombres de verdad”, es decir, personas “viriles” y “activas” y, por el otro, quienes son feminizados, desvalorizados y estigmatizados por ser “pasivos” y someterse sexualmente a quienes los *comen*. Los hombres que ocupan esta posición son considerados *bichas* —maricas— en Brasil y son los únicos que son vistos como gays siguiendo este modelo de interpretación.

En el caso de las travestis se da una situación paradójica que impide que se las reconozca simplemente como homosexuales o gays. La capacidad que tienen tanto de penetrar como de ser penetradas permite que se las sitúe a ambos lados de la polaridad. En efecto, consideradas como *mujeres con algo más*, se vuelven altamente atrayentes para un gran número de clientes —llamados por ellas “mariconas”— que busca ser penetrado por “bellas” travestis solicitadas en el mercado del sexo nacional y transnacional. Las imágenes femeninas que muchas travestis encarnan permiten heterosexualizar prácticas que no pueden ser sencillamente entendidas como homosexuales. Por otro lado, en el ámbito de la intimidad y la vida privada, las travestis construyen una relación particular con sus *maridos* —“hombres de verdad”—, pues al mismo tiempo que ellos *deben* penetrarlas y las someten sexualmente al performar un tipo de masculinidad valorado entre las travestis, son mantenidos económicamente por ellas. El hecho de mantener un *marido* se convierte en un acto que las empodera, y también permite que refuercen su propia feminidad construida, entre otros elementos, a partir del vínculo establecido con la masculinidad de sus *maridos*.

En definitiva, se ha analizado que en estas formas de interacción social y sexual entre travestis, clientes y *maridos* importa distinguir la manera en que se actúa y se interpretan los roles de género para poder comprender las prácticas sexuales

que, siguiendo el modelo “activo/pasivo” de sexualidad, terminarán definiendo a las personas como masculinas y/o femeninas. No obstante, los límites entre dichas identidades son siempre difusos y flexibles, y transitan por zonas donde fácilmente se pueden cometer *infracciones* que pueden tornar a clientes y *maridos* en el polo desvalorizado —el femenino— de la ecuación. Por su parte las travestis, aunque se mueven con fluidez entre ambos márgenes de la sexualidad y del género, son al mismo tiempo consideradas como “maricas” por una sociedad heteronormativa que aún discrimina y estigmatiza su decisión de asumir una identidad de género travesti.

8. Referencias bibliográficas

ALBUQUERQUE, Fernanda Farias de; JANNELLI, Mauricio

1996 *Princesa*. Barcelona: Anagrama.

ALMEIDA, Miguel Vale de

1995 *Senhores de si. Uma interpretação antropológica da masculinidade*. Lisboa: Fim de Século.

BENEDETTI, Marcos

2005 *Toda feita: o corpo e o gênero das travestis*. Rio de Janeiro: Garamond.

BUTLER, Judith

2001 [1990] *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós

1994 “Against Proper Objects”. *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, 6: 1-26.

2002 *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires: Paidós.

CANTÚ, Lionel

2002 “De Ambiente. Queer Tourism and the Shifting Boundaries of Mexican Male Sexualities”. *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*, 8 (1-2): 139-166.

CARRARA, Sérgio; SIMÕES, Júlio

2007 “Sexualidade, cultura e política: a trajetória da identidade homossexual masculina na antropologia brasileira”. *Cadernos Pagu*, 28: 65-99.

CORNWALL, Andrea

1994 “Gendered identities and gender ambiguity among *travestis* in Salvador, Brazil”, en A. Cornwall y N. Lindisfarne (Eds.), *Dislocating Masculinity*. Londres: Routledge, 111-132.

DENIZART, Hugo

1997 *Engenharia erótica: travestis no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: Zahar.

DUQUE, Tiago

2009 *Montagens e Des-Montagens: vergonha e estigma na construção das travestilidades na adolescência*. Tesis de Maestría. Departamento de Sociología. Centro de Ciências Humanas. Universidade Federal de São Carlos.

EDMONDS, Alexander

2010 *Pretty Modern. Beauty, Sex, and Plastic Surgery in Brazil*. Durham and London: Duke University Press.

FACCHINI, Regina

2008 *Entre umas e outras. Mulheres, (homo)sexualidades e diferentes na cidade de São Paulo*. Tesis doctoral. Instituto de Filosofia e Ciências Humanas. Universidade Estadual de Campinas.

FERNÁNDEZ DÁVILA, Percy; MORALES, Adriana

2011 *Estudio TranSex 2010. Conductas de riesgo y detección de necesidades para la prevención del VIH/ITS en mujeres transexuales trabajadoras sexuales*. Stop Sida: Barcelona, [memoria técnica no publicada].

FOUCAULT, Michel

2006 [1977] *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber (I)*. Madrid: Siglo XXI.

FRANÇA, Isadora Lins

2010 *Consumindo lugares, consumindo nos lugares. Homossexualidade, consumo e subjetividades na cidade de São Paulo*. Tesis doctoral. Instituto de Filosofia e Ciências Humanas. Universidade Estadual de Campinas.

FRY, Peter

1982a *Para inglês ver: identidade e política na cultura brasileira*. Rio de Janeiro: Zahar.

1982b “Ser ou não ser homosexual, eis a questão”. *Folha de São Paulo*, 10 de Janeiro, folhetim.

GARCÍA GARCÍA, Antonio; OÑATE MARTÍNEZ, Sara

2010 “De viajes y cuerpos: proyectos migratorios e itinerarios corporales de mujeres transexuales ecuatorianas en Murcia”, en A. García, Antonio; M.E. Gadea, y A. Pedreño (Eds.), *Tránsitos migratorios: Contextos transnacionales y proyectos familiares en las migraciones actuales*. Murcia: Universidad de Murcia, 361-403.

GARCIA, Marcos

2009 “Identity as a ‘patchwork’: aspects of identity among low-income Brazilian *travestis*”. *Culture, Health & Sexuality*, 11(6): 611-623.

HOWE, Cymene; ZARAYSKY, Susanna; LORENTZEN, Lois

2008 “Transgender Sex Workers and Sexual Transmigration between Guadalajara and San Francisco”. *Latin American Perspectives*, 158, 35 (1): 31-50.

JOHNSON, Mark

1997 *Beauty and Power. Transgendering and Cultural Transformation in the Southern Philippines*. Oxford y New York: Berg.

KULICK, Don

1998 *Travesti. Sex, Gender and Culture among Brazilian Transgendered Prostitutes*. Chicago: University of Chicago Press.

LANCASTER, Roger

1992 *Life is Hard. Machismo, Danger, and the Intimacy of Power*. Berkeley: University of California Press.

LUMSDEN, Ian

1996 *Machos, Maricones, and Gays: Cuba and Homosexuality*. Philadelphia: Temple University Press.

MISSÉ, Miquel; COLL-PLANAS, Gerard (Eds.)

2010 *El género desordenado. Críticas en torno a la patologización de la transexualidad*. Barcelona y Madrid: Egales.

OLIVEIRA, Leandro de

2009 “Diversidade sexual e trocas no mercado erótico: gênero, interação e subjetividade em uma boate na periferia do Rio de Janeiro”, en E. Díaz Benítez y C. Figari (Comps.), *Prazeres dissidentes*. Rio de Janeiro: Garamond, 119-145.

PADILLA, Mark

2007 *Caribbean pleasure industry: tourism, sexuality, and AIDS in the Dominican Republic*. Chicago: University of Chicago Press.

PARKER, Richard

1991 *Corpos, prazeres e paixões: A cultura sexual no Brasil contemporâneo*. São Paulo: Best-Seller.2002 *Abaixo do Equador. Culturas do desejo, homossexualidade masculina e comunidade gay no Brasil*. Rio de Janeiro: Record.

PATRÍCIO, Maria Cecília

2008 *No truque: transnacionalidade e distinção entre travestis brasileiras*. Tesis doctoral. Departamento de Antropologia. Universidade Federal de Pernambuco.

PELÚCIO, Larissa

2007 “Mulheres com Algo Mais’ – corpos, gêneros e prazeres no mercado sexual travesti”. *Revista Versões*, 3: 77-93.2008 “Travestis brasileiras: singularidades nacionais, desejos transnacionais”. Paper presentado en *26ª Reunião Brasileira de Antropologia*. Porto Seguro, Bahia, Brasil, 1-24.2009 *Abjeção e Desejo: uma etnografia travesti sobre o modelo preventivo de aids*. São Paulo: Annablume; Fapesp.2011 “Amores perros? – sexo, paixão e dinheiro na relação entre espanhóis e travestis brasileiras no mercado transnacional do sexo”, en A. Piscitelli; G. de Oliveira Assis y J. Nieto Olivar (Orgs.), *Gênero, sexo, amor e dinheiro: mobilidades transnacionais envolvendo o Brasil*. Campinas, SP: Unicamp/PAGU, 185-224.

PERES, Wiliam Siqueira

2005 *Subjetividade das Travestis Brasileiras: da vulnerabilidade da estigmatização à construção da cidadania*. Tesis doctoral. Programa de Pós-graduação em Saúde Coletiva. Universidade Estadual do Rio de Janeiro.

PERLONGHER, Néstor

2008 [1987] *O negócio do michê: Prostituição viril em São Paulo*. São Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo.

PISCITELLI, Adriana

- 2004 “Entre a praia de Iracema e a União Européia: turismo sexual internacional e migração feminina”, en A. Piscitelli; M. F. Gregori y S. Carrara (Orgs.), *Sexualidades e saberes: convenções e fronteiras*. Rio de Janeiro: Garamond, 283-318.
- 2008 “Entre as ‘máfias’ e a ‘ajuda’: a construção de conhecimento sobre tráfico de pessoas”. *Cadernos Pagu*, 31: 29-63.
- 2011 “¿Actuar la brasileñidad? Tránsitos a partir del mercado del sexo”. *Etnográfica*, 15 (1): 5-29.

PRIEUR, Annick

- 1998a *Mama’s House, Mexico city: on transvestites, queens, and machos*. Chicago: University of Chicago Press.
- 1998b “Bodily and Symbolic Constructions among Homosexual Men in Mexico”. *Sexualities*, 1 (3): 287-298.

RUBIN, Gayle

- 1975 “The traffic in women: notes on the ‘political economy’ of sex”, en R. Reiter (Ed.), *Toward an Anthropology of Women*. New York: Monthly Review Press, 157-210.
- 1989 “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”, en C. Vance (Comp.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Talasa, 113-204.

SIKORA, Jacobo Schifter

- 1998 *De ranas a princesas: sufridas, atrevidas y travestidas*. San José de Costa Rica: Ilpes.

TEIXEIRA, Flávia do Bonsucesso

- 2008 “L’Italia dei Divieti: entre o sonho de ser *européia* e o *babado* da prostituição”. *Cadernos Pagu* 31: 275-308.
- 2011 “Juízo e Sorte: enredando *maridos* e *clientes* nas narrativas sobre o projeto migratório das travestis brasileiras para a Itália”, en A. Piscitelli; G. de Oliveira Assis y J. Nieto Olivar (Orgs.), *Gênero, sexo, amor e dinheiro: mobilidades transnacionais envolvendo o Brasil*. Campinas, SP: Unicamp/PAGU, 225-262.

VALE, Alexandre Fleming Câmara

- 2005 *O Vóo da Beleza: travestilidade e devir minoritário*. Tesis doctoral. Departamento de Sociología. Universidade Federal do Ceará.

VALENTINE, David

- 2007 *Imagining Transgender. An Ethnography of a Category*. Durham y Londres: Duke University Press.

VARTABEDIAN, Julieta

- 2012 *Geografía Travesti: Cuerpos, Sexualidad y Migraciones de Travestis Brasileñas (Rio de Janeiro – Barcelona)*. Tesis de doctorado. Departamento de Antropología Social y Cultural. Universidad de Barcelona.

WEEKS, Jeffrey

- 1993 *El malestar de la sexualidad. Significados, mitos y sexualidades modernas*. Madrid: Talasa.

